

Primer premio: relato adulto

EL MAESTRO

Seudónimo: Naranjo

La escuela ha permanecido cerrada durante una semana como parte del duelo por este maestro que escribe. El frío de enero se ha colado por rendijas y ventanas y el picón de mi brasero no guarda ya calor alguno. Las tizas, húmedas, se acostumbrarán pronto a otras manos; el borrador se llevará en pocos días lo que quede de mí.

Los chiquillos llevan ya varios días elucubrando sobre el futuro maestro con cierto nerviosismo curioso. Les confesaría que me molesta que estén pensando ya en mi sustituto, en vez de estar apenados por mi ausencia, pero el instinto de supervivencia de la infancia se manifiesta en todas las situaciones.

Eloísa, que así se llama, entra en el aula tímidamente y se apoya en la mesa observando alegre a los niños. Trata de averiguar algún signo de tristeza, pero ante la inexistencia, decide presentarse y comenzar la clase.

Se pasea despacio entre los pupitres acariciando las cabezas recién peinadas e inspeccionando el material escolar: lápices de punta bien aguzada, cuadernos de doble raya y poco más. A pesar de la escasez, se aprecia en la disposición de los chavales mi recta influencia, el orden inculcado. Pero también compruebo que estos ingratos ya están agitados por la novedad de la nueva maestra.

Eloísa, con paso precipitado, sube al estrado. En la pizarra perdura escrita mi última lección: el Miño nace... y desemboca... y su único afluente... Con energía desmedida borra el encerado, no sé si con el ánimo de empezar de cero, de borrar mi huella, de marcar su territorio. Suelta el borrador y se dirige a los niños con una sonrisa trabajada, necesita ganárselos

Aunque sé que no tengo derecho, que no debo echarle ningún pulso, grabo de nuevo en la pizarra la lección de geografía, pero los chiquillos están absortos en los movimientos de Eloísa. Solo Marita, en el primer pupitre, esboza una mueca triste y mira por la ventana. No, no debo hacerlo. Con ayuda de una ráfaga de viento, borro la pizarra.

Eloísa escribe con letra cursiva: el verbo indica la acción y concuerda en número con el sujeto. ¡Qué maravilla! ¡Eso ya lo expliqué yo el curso pasado!

Marita vuelve la mirada borrosa a la pizarra, siempre tan aplicada, mientras dos lágrimas emborronan lo único que ha escrito en su libreta: la fecha.

Ha nevado esta semana. Todos los días. Sin descanso. La escuela ha permanecido cerrada porque don José María falleció sin avisar, sin molestar. Tal vez sabía que iba a ser un trastorno para sus sobrinos cuidarlo en la vejez. Vivían tan lejos. Pero me habría gustado que en vez de nevar, hubiese llovido.

Todos nos pusimos a jugar con la nieve, olvidando así el principal motivo por el que no íbamos a clase. Cuando nos acordábamos del maestro, lo hacíamos como si el lunes siguiente nos fuera a seguir insistiendo en que el Miño, el pobre, no tenía más que un afluente.

Pero el lunes ha llegado y bien se cumple el refrán que tantas veces repite mi abuela: A rey muerto, rey puesto. Estamos todos maravillados con Eloísa, solo Eloísa. Se mueve ágil entre los pupitres, nos toca la cabeza y deja una estela de algún perfume que habrá comprado en la ciudad.

Pero el aula no se calienta. Como las corrientes de agua fría de las que hablaba don José María, ráfagas de aire helado sobrevuelan nuestras cabezas. He sentido una punzada de traición desleal. Don José María se sentaba en su mesa y pocas veces se movía de allí, si no era para escribir en la pizarra la parte de la lección que no debíamos olvidar. "Aprovechen la edad, aprendan, aprendan...", se empeñaba. Quizás no se movía porque sus huesos viejos necesitaban el calor del brasero, calor que no encontraba en su casa, donde vivía solo. Según mi madre, su esposa murió antes de que yo naciera, sin hijos, y desde entonces, el maestro solo salía de casa para ir a la escuela y dar algún paseo solitario por los campos aledaños.

Se me amontonan, mientras Eloísa viene y va, todas las historias, leyendas y chascarrillos de don José María. Lograba mantenernos en silencio, extasiados con sus

fantásticas lecciones, del mismo modo que introducía alguna ocurrencia desatinada y provocaba una risotada general.

Aunque la pizarra está limpia, parece que veo a mi querido maestro escribiendo de nuevo su última lección, explicándonos que el Miño, con su único afluente, desemboca en La Guardia.

Se oyen toses fuera. La nieve ha cesado y la luz de enero se cuele por las ventanas. Desde alguna nube, don José María debe de estar, con su eterno resfriado, comprobando que no se escapan las letras de la doble raya ni los números de los cuadrados que tienen asignados; cuidando de estos alumnos que hoy, sin concederle un minuto al sentimiento, están entregados en cuerpo y alma en satisfacer a la nueva maestra. Aunque trato de evitarlo, dos lágrimas se me escapan y emborronan la libreta. Arrancaré esa página.

